

Eran ya los últimos días de marzo, Anselmo y Erasmo se encontraron por casualidad en la tienda de Cruz cuando el primero iba por unos cigarros y el otro se tomaba un refresco después de entregar la combi que manejaba todas las mañanas:

—¿Qué pues compadre, se viene el domingo a unas chelas?

—No, mejor no, ¡no vaya a ser!

—¿Que sea qué?

—La de malas

—¿Por qué?

—P'os lo de la pandemia

—¡Que pandemia ni que ocho cuartos!, puro pinche invento

—No la, si hasta lo andan diciendo en el internet

—¿En el internet?

—Sí, en la tele y en la radio pues ya se sabe... pero en el internet es de todo el mundo, y ahí dicen que anda pegando por todas partes

—Y ¿sí de plano se ve peligroso?

—P'os eso dicen, que se andan muriendo por todas partes.

—Y ¿cómo se contagia uno?

—P'os así, respirando, que es como la gripa, dicen.

—Si es así ton's no es tan grave, si de la gripa se quita uno nomás con tesitos, sol y naranjas.

—No, pero esto es como diferente. ¿No ve pues el alboroto allá por el hospital ese?

—N'ombre, ¿qué es por eso?

—Sí, que dicen que van a traer a todos los enfermos para acá.

—¡Ora!, pero ¿qué no andas diciendo que es rete peligroso?

—Sí, pero el pinche gobierno ya ve, aquí los quieren mandar, quesque ya acondicionaron y todo.

—¡La madre!, no pus hay que organizarnos, no hay que permitirlo. Porque ¿nosotros qué?, ¿no importamos o qué chingados?, ¿por qué los quieren dejar aquí?

—Ya ves compadre, por los pobres ni quién mire, pero a la hora que necesitan esconder los muertos, p'os para eso sí somos buenos.

—No, pues está muy feo, compadre y ¿sí se viene a las chelas o qué?

—P'os dicen que no debemos andar saliendo, pero por un ratito no creo que pase nada, además de algo se va uno a morir ¿no?

**

Con el nuevo horario el sol comenzaba a debilitarse hasta cerca de las ocho de la noche, a las siete todavía se le podía ver en el horizonte acariciando el cielo con matices asalmonados y para Anselmo esa era la perfecta hora para comenzar la primera ronda de chelas, el calor intenso de las tardes comenzaba a desvanecerse y una tímida ventisca con aroma a humedad, que a diario anunciaba lluvias que no terminaban de caer, ofrecía disipar los calores aprisionados en la tierra y los tepetates, pero en lugar de eso los vapores emergían de los suelos con un fragoroso ímpetu que los transformaba en un halo caluroso que se imbuía en la piel.

Anselmo se instaló en el patio con la hielera llena de caguamas, donde cada fin de semana esperaba a sus viejos conocidos para hablar de tiempos mejores mientras ahogaban aquel bochorno caliente en rondas y rondas de charla y bebida. Pero esa tarde Pedro y Juan le quedaron mal y solo Erasmo acudió a la cita.

—N'ombre compadre ya estuve viendo en el internet ese, de allá abajo —dijo Anselmo— y sí dicen que está bien feo, que en otros lados hay un chingo de muertos y que se pone peor.

—Sí, te digo, yo estuve viendo con unos vecinos y dicen que vamos a ir a quemar si es que de verdad agarran el hospital pa' eso, faltaba más.

—Luego dicen que van a cerrar todo.

—¡No les haga caso!, eso sí no lo pueden hacer, pues ni modo que dejemos de comer, a fuerza las tiendas y el mercado los dejarán abiertos. Porque imagínese, si yo pudiera comprar lo de un mes en un día, ¿para qué trabajo? Uno que vive al día no puede darse ese lujo.

—Ni me diga, fíjese que a mí Don Cruz siempre me va fiando y cuando llegan los apoyos le voy pagando, pero ora dice que no se puede porque todo está subiendo de precio, que va empezar a haber escasez hasta de chelas, que hay ley seca y todo.

—Pero con eso de la pensión ya es una ayuda para ustedes ¿no?

—No. No se crea compadre. Apenas ahí la vamos llevando, pero hay una vecina de allá abajo, la Meztli esa, yo ni la conozco bien, pero a veces nos da algo de despensa, y ora con eso de la contingencia nos ha estado trayendo cosas todos los días, quesque porque no quiere que salgamos. Y mi sobrino, ese que está en Querétaro, nos manda unos pesos de vez en cuando, ya ves que estuvo viviendo con nosotros un tiempo. Pero ahorita quién sabe tampoco él sale...

—¿Y la comadre Panchita?, ¿qué dice?

—No pues anda bien asustada, la llenaron de chismes ora que fue al mercado y dice que en el almacén le subieron a todo y que casi no hay nada de productos; y ¡figúrese! que la muy mensa, el otro día la sorprendí regalando la mitad de los huevos a una niña, como si tuviéramos tanta gallina, que porque el papá de las niñas de allá arriba ora que lo descansaron nomás le pagan la mitad. Y como le reclamé que nomás se anda quejando de los precios me dijo que a nosotros también nos regalan cosas... Y la otra tarde se fue a la clínica quesque porque se sentía mal, pero luego nomás anda de acomplejada, y más se espantó porque le dijeron que debe usar siempre el tapabocas y no sé qué madre en las manos. Ya merito se quería ir a comprar unas botellas del gel ese, con lo barato que está. Lo bueno que ese muchacho que trabaja en la clínica anduvo repartiendo en las casas a los viejitos y más necesitados, según él. Ora la Pancha se lava las manos a cada rato y cada vez que sale y regresa se unta el gel...

—No compadre, —intervino Erasmo— hay que tener mucho cuidado también con esos. Dicen que ellos son los meros que andan inyectando el virus.

—¿Los de las clínicas?

—Todos esos, es lo que dicen.

Semanas después la ausencia de los amigos motivó a Anselmo a darse unas vueltas por las casas de sus conocidos; notaba que mal que bien los susodichos lo recibían, pero siempre percibía las caras feas que ponían las esposas y los hijos que no dejaban salir a los abuelos a las calles. Y esa fue su rutina por varios días a pesar de que su esposa también a él le insistía en confinarse a la casa.

—Pero claro a la Pancha ni le afecta, si ella nada más salía al mercado—murmuraba para sí con enojo— pero yo no voy a ser como uno de esos agachones a los que encierra su mujer...

Pero una de esas noches, que a pesar de que últimamente se habían vuelto más sonoras se sentían tan solitarias, Anselmo se preocupó porque Pancha comenzó con una tos bárbara y tosió y tosió hasta las tripas, a media tarde se fue a acostar temprano quejándose de que le dolían los huesos y ya no se levantó en todo el día. Él se acercó a tocarle la frente para comprobar que no se lo estuviera imaginando, porque ella solía hacer eso, contagiarse de las enfermedades que tenían otros y sostener los síntomas hasta que un médico le decía y le comprobaba con análisis que no tenía nada. Su frente se sentía caliente pero la de Anselmo estaba en las mismas.

—Será cosa del clima— se dijo, y se dispuso a preparar un caldo de gallina.

Hacía mucho tiempo que no mataba un pollo y sintió algo de pena cuando le quebró el cuello, no sólo por el acto en sí, sino de pensar en los huevos, una gallina menos significaba la mitad de los huevos, y ahora que habían subido tanto. Las tareas de la casa en los últimos años habían estado en manos de Panchita y por poco no se acuerda como encender el follón. Pero ahora su mujer estaba ahí, convaleciente y siempre que él se enfermaba recordaba que le arrimaba un caldo de pollo para sanarlo y de alguna manera siempre funcionaba.

—Que mejor sea una pinche tos o una diarrea— se dijo mientras la enderezaba para darle de comer.

—¿Cuántas veces hemos sobrevivido a la muerte, Panchita? —le murmuró mientras le daba unas cucharadas— no me salgas con que ahora de plano te vas a ir con una pinche gripa. ¿Te acuerdas cuando vivíamos en Jolalpan?, ese maldito calor encendió las palmas del jacal mientras dormíamos y casi nos lleva la flaca, pero salimos y nos reímos de ella, Pancha. ¿Te acuerdas cuando vino la plaga de dengue? Nos enfermamos los dos y así mismito nos fuimos a la cosecha, con la calentura y los huesos rotos. Sino qué tragábamos. Luego ya nos enfermábamos a cada rato y cuando el médico nos veía ya íbamos pa' fuera. No Pancha, si nosotros no somos de esas personas que mueren de cosas que tienen nombres raros, "coronavirus" ¿qué chingados es eso?

Anselmo deshebraba el pollo para dárselo a su esposa al tiempo que contenía una especie de espasmo que quería salir aullando por su garganta.

—Si me escapé de los machetazos de tu padre cuando supo que te venías conmigo, si me dio el Zica hasta retorcerme los huesos, y esa bola que me creció en la panza que me curé con pura

carne de víbora y veneno de alacrán, no me va a matar ahora una calentura con mocos. Y menos a ti, vieja, que eres más fuerte que yo.

Esa noche Anselmo soñó con la tarde en que conoció a Pancha y se vio caminando con ella en un inmenso jardín fresco y verde. Y por primera vez en años escuchó el eco de sus sollozos que retumbaban en su inconsciente sonámbulo, y sintió su rostro empapado de un líquido que ardía.

En esos días se respiraban temperaturas de hasta 40 grados centígrados, por eso quizá Anselmo se despertó sintiendo que los consumían centenares de brasas ardientes, volteó los ojos buscando a Pancha, no estaba en el cuarto, una punzada más intensa que su piel enrojecida le ardió en el estómago, se levantó a prisa y un acucioso rumor de quejidos se adueñó del ambiente, salió al patio dando tumbos. El llanto de Pancha sonaba más como un quejido ahogado y sus lágrimas corrían deteniéndose en las grietas de su rostro que desviaba su derrotero haciendo mares en su cuello; mientras tanto ayudaba a Meztli, la vecina, a quitarse la bata azul.

—Ora ¿qué? —preguntó Anselmo ansioso de incertidumbre.

Los pendejos de abajo le aventaron una cubeta de cochinadas. Respondió Pancha con la rabia atorada en la garganta.

—¿Por qué o qué?

—Ahorita así andan todos Don Anselmo —repuso Meztli sacudiéndose en vano la playera sucia que había quedado bajo su uniforme— están como locos. Si quiera tengo lentes que si no me llenan también los ojos.

—Pero ¿quiénes eran? y ¿por qué le hicieron la canallada?, vecina.

—Pues unos menso cualesquiera, que dicen que como trabajo en el hospital ando regando el virus.

—¿Usted trabaja en el hospital? —dijo Anselmo como para sí— ¡A caray! eso no lo sabía.

A Anselmo se le hicieron presentes todos los rumores que había escuchado y una especie de desconfianza se cimbró en su pecho, pero ésta se hizo a un lado momentáneamente cuando escuchó a su esposa.

—Sí, pues ¿qué crees? que usa de adorno el uniforme o ¿qué?

—Y ¿tú cómo te sientes? —preguntó Anselmo que nunca dejaba de sorprenderse por la capacidad empática de Pancha.

—Pues ya mejor, se me hace que fue una insolación y un empacho por comer de más...

—Pero mejor dese la vuelta por la clínica para estar seguros. —dijo la vecina.

Al ver la autentica preocupación de la chica, Anselmo se olvidó un poco de sus sospechas y quiso corresponder su gesto.

—Al rato va a ver como averiguo quienes fueron los desgraciados y se las voy a cantar...

—No, ¿para qué? Don Anselmo, cada quién sus conciencias. Además, yo sé que no lo hicieron nomás por joder.

—Entonces ¿Por qué?

—Por ignorancia, por falta de entendimiento, esa siempre es la raíz del odio; y no es que realmente me odien, lo que pasa es que tienen miedo, todos tenemos miedo, pero como no podemos ver al enemigo lo personificamos en cualquier cosa.

Un caso de sosiego cayó sobre todos los recelos de Anselmo. Ahí estaba muy en el fondo la incertidumbre, pero ver a su esposa de pie y recuperada frente a la siempre dadivosa mujer que los ayudaba lo obligó a ver a la extraña sin epítetos, oficios, ni sentencias. Simplemente como una persona más en el mundo, una persona que hacía más llevaderos los días, al menos para ellos. Sí se sabía parte de aquellos que aún juzgaban, pero ahora entendía que no iría al mitin ese para la dichosa quema, que no sería de esos que mentaban madres y echaban cloro a los vecinos, que ya no andaría de casa en casa desobedeciendo las medidas de seguridad y que haría cuanto pudiera para convencer a otros de ser más comprensivos.

—A ver, ¡deme!, le enjuago sus ropas —dijo Anselmo acercándose a la enfermera.